
La segunda transición

EN LA PRESENTACIÓN DE SU LIBRO
DEL MISMO TÍTULO
CENTRO CULTURAL CONDE DUQUE
MADRID, 25 DE NOVIEMBRE DE 1994

Queridas amigas y amigos: muy buenas noches a todos.

Me importa, sobre todo, daros las gracias por el interés que demostráis al estar conmigo en la presentación de este libro. Detalles como el vuestro penetran hondo en la piel de un autor novel... Si bien conllevan el riesgo de animarle a sacar otro libro más a no mucho tardar.

A propósito, he de reconocer que, sin el estímulo inicial de Justino Sinova y el respaldo que obtuvo rápidamente en su casa, la editorial Espasa-Calpe, tal vez *España, la segunda transición* habría permanecido sin más en el terreno de las buenas intenciones.

Os confieso que siento la satisfacción de haber concluido un trabajo cargado con largas horas de reflexión y embridado por no pocas dosis de prudencia.

De un dirigente nacional se espera que sepa lo que hay que hacer, tanto cuando las aguas bajan mansas como cuando llega el momento de las dificultades. De eso precisamente hablo en este pequeño volumen: de qué hacer por,

con y para esta España el día que la confianza de los españoles nos atribuya la responsabilidad de pilotarla.

Ahora bien, aquello que hacemos siempre está en función de lo que creemos. Nuestra acción se alimenta de convicciones, de principios básicos que guían nuestras decisiones, y cada uno de nuestros movimientos viene orientado por un conjunto preciso de objetivos que constituyen el núcleo último de nuestra actividad política. Cuando éstos se pierden, el fin primordial de la obra política queda condenado a su mínima expresión, a la sola conservación de un mero poder personal.

Para los que nos dedicamos a la política en el seno de una democracia, resulta obligado dar a conocer cuáles son los puntos de partida más personales de nuestro quehacer. Porque sólo así, con independencia de que nuestra ejecutoria merezca o no el apoyo mayoritario de los ciudadanos, podremos ser juzgados por nuestra coherencia y nuestra honradez. De esta forma, si lo que decimos y proponemos coincide con nuestros actos, tanto si acertamos como si nos equivocamos, habremos contribuido, al menos, a fortalecer la confianza que una sociedad ha de tener en sí misma.

Porque no desean verse comprometidos ante sus electores por exigencias superiores que les resten capacidad de maniobra, hoy demasiados políticos prefieren no mostrar ese fondo de ideas y valores sin el cual la gestión pública se convierte en una mezcla de oportunismo y verborrea, como tantas veces ha exhibido el paisaje español en estos años.

Yo sí creo unas cuantas cosas que todavía respeto muy a fondo, y espero haberlas explicado ya con la claridad debida. Lo hice el pasado mes de mayo con ocasión del segundo año de actividades en la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales, y, en realidad, viene ocurriendo cada poco tiempo desde que tengo responsabilidades públicas de primera línea. Las españolas y españoles conocen mis opiniones políticas y mis convicciones más queridas. No me propongo reiterarlas hoy, sino que quisiera glosar ante vosotros las razones por las que he escrito *España, la segunda transición*.

Aquí van unas cuantas palabras dictadas por la buena voluntad de comprometer un análisis, antes de la próxima

confrontación electoral. Queda una opinión personal sobre la razón y el futuro democrático español, a juntar con otras imbuidas de la misma preocupación. Entre ellas cabe la mía, que someto a la libre discusión. Sin pretensión alguna de estar en posesión de la verdad política, ni tener la vara que separa la ortodoxia democrática de las conductas sospechosas por el mero hecho de haber llegado después.

Pues no es lícito que cualquier expresión de discrepancia, cualquier crítica por fundamentada que esté, sea impugnada como un atentado al sistema democrático, o se le atribuya la pretensión de desestabilizar al adversario político por poner en cuestión el monopolio de definir qué modos y formas de ejercicio de la oposición son lícitos, y cuáles otros son, en cambio, inadmisibles; el monopolio, en fin, de la interpretación de la ética democrática. En el leal ejercicio de nuestra función de oposición, somos aliados objetivos del mejor servicio de los intereses generales.

Nosotros somos la alternativa y en el libro que presento se describen los peldaños de la escalera que pretendo recorrer para alejarnos de la incertidumbre colectiva que paraliza la fuerza de nuestro país.

No se trata de pormenorizar un programa de gobierno, porque esto ya lo hicimos con motivo de las elecciones legislativas de junio del 93 y lo volveremos a hacer cuando se convoquen las próximas. Los que afirman que no tenemos programa colocan en un serio apuro a los millones de españoles que respaldan nuestras propuestas, y que las han leído o escuchado abundantemente en los medios de comunicación con motivo de cada debate sobre el estado de la nación o de presupuestos, así como en cada una de las principales polémicas que han ocupado a los ciudadanos, desde los arrendamientos urbanos a la reforma laboral, desde la regulación del comercio al impuesto de sociedades, o desde la reforma del Código Penal a la financiación autonómica.

Deseo que los lectores de *España, la segunda transición* extraigan de sus páginas, el diseño de nuestro proyecto global de España, el que ha informado mi voluntad personal

y me gustaría que marcara nuestros programas ya una vez en el Gobierno.

Por supuesto, no todo lo que se expone en el libro está cerrado o definitivamente establecido. Además de la previa consulta democrática a los órganos de mi partido, existe otra causa tan simple como poderosa: ciertos grandes temas del progreso español, deben ser resueltos mediante un acuerdo superior en número a la mayoría del Gobierno, por amplia o cualificada que ésta sea.

Por su envergadura política y relevancia social, las reformas de las instituciones o la culminación del proceso autonómico, la apertura del mercado laboral o la reforma estructural del sector público requieren el asentimiento del arco parlamentario y el respaldo de la sociedad civil para que arraiguen profundamente.

Siempre hemos procurado el diálogo y hemos escuchado con respeto los argumentos ajenos, y lo seguiremos haciendo. Como voluntarios herederos de un espíritu democrático, deseamos siempre contar con nuevas incorporaciones personales al proyecto de gobierno, tanto como abrir espacios de diálogo con el adversario político.

Somos un partido de centro. El centro que representamos no fluctúa entre los extremos, sino que se sitúa permanentemente en el vértice del interés general. El centro, tal como nosotros lo entendemos y propugnamos, no difumina, sino que define, no se acomoda, sino que configura, no revolotea sobre la coyuntura, sino que afianza el timón cuando se desata el huracán.

Somos el partido del centro. A diferencia del otro proyecto político de peso en el conjunto nacional, el Partido Popular ha querido anclar su oferta desde un principio en la recuperación de las virtudes que tiene el sistema constitucional de 1978: el diálogo sincero con el adversario político; la autolimitación voluntaria del poder y la renovación a fondo de la secular comunidad española. Porque la práctica del espíritu centrista se diluye en la nada cuando domina la indiferencia hacia el futuro de eso que llamamos España, se consiente el abuso de la mayoría electoral o se prefieren las

conversaciones fuera de los focos parlamentarios a los compromisos públicamente adquiridos.

El libro que os presento está construido alrededor de unas pocas ideas, firmes y aquilatadas.

La primera es buscar una renovación de la idea de España. Esta idea hereda una experiencia centenaria que demuestra su vigencia a través de las generaciones y en la aceptación que hoy recibe de los ciudadanos.

Pero el afortunado bagaje de una comunidad española históricamente constituida requiere, al filo del año dos mil, que sea pensada de nuevo. En dos planos imprescindibles y complementarios: el de su irreductible pluralidad territorial y el de una lealtad cuidadosa con el acervo común.

Somos una nación plural y heterogénea, de trayectorias diversas que en ella confluyen. Nuestras diferencias están tan estrechamente mezcladas, tan íntimamente trabadas, que forman una realidad tan lograda y compleja como interesante y mutuamente beneficiosa para todas sus partes. Está sujeta, como toda obra humana, a la transformación y a la crítica, pero nadie que no esté poseído por una ignorancia de libro puede desconocerla.

El estado autonómico establecido en el Título VIII de la Constitución no fue concebido para estar eternamente abierto. El constituyente, consciente de lo arduo del problema de encajar de manera articulada y variable los distintos cuerpos políticos que integran nuestra diversidad cultural e histórica, trazó un mero esbozo, confiando en que el tiempo y la sensatez irían resolviéndolo.

El Estado de las Autonomías no debe interpretarse como un laboratorio para la permanente generación de incertidumbres. Sus líneas esquemáticas, inteligentemente dibujadas por el constituyente, han de ser completadas y dotadas de un horizonte realista. No debiera constituirse en objeto de polémica la prudente reivindicación de que el Estado de las Autonomías debe progresar hacia una culminación estable. Contemplemos el Título VIII como una vereda encaminada

hacia el ejercicio pleno de las diferentes identidades españolas, en un marco de cooperación solidaria y de defensa inteligente de intereses comunes, flexiblemente engarzados por la clave de bóveda aglutinadora y equilibradora de la Corona.

Quienes se empecinan en utilizar el Título VIII como un atajo abrupto hacia la insolidaridad, no han querido aceptar el enorme alcance de la Constitución de 1978 que nos permite, si nos ponemos lealmente a la tarea, vivir y trabajar sin mayores conflictos ni tensiones. Si se acepta de una vez que los requisitos indispensables para la autonomía son la lealtad y la confianza mutuas y que la parte, por fuerte que sea su personalidad, no puede gobernar al todo ni perder la conciencia de su verdadera dimensión.

Es sorprendente que quienes parecen reclamar un regreso a la situación anterior a 1714, se resistan a admitir que la constitución de 1978 es la proyección generosa y elástica, a escala de las necesidades contemporáneas, de aquellas complejas estructuras históricas, laminadas por el uniformismo centralista.

Desde luego que no es a través de una laxa y quebradiza confederación ibérica plurinacional como nos ganaremos el respeto de nuestros socios europeos y podremos plantearles una saludable competencia. Ese es un enfoque empequeñecedor y regresivo. Las distintas personalidades colectivas de España han de ejercer su autonomía con la plenitud que les proporciona la unión en una empresa común que las transciende y vertebrada.

La segunda idea apunta a la urgencia de una revitalización democrática que apueste por la transparencia institucional en España, devolviendo a los tres poderes clásicos y al llamado cuarto poder su indispensable independencia y su plena capacidad de vigilancia mutua y de contrapeso de seguridad.

La sacralización de la regla de la mayoría, entendida como criterio supremo de legitimación de cualquier iniciativa legislativa o acción de gobierno, constituye una tosca visión pueril de la representación que otorgan las urnas. La izquierda en el gobierno no ha entendido, o no ha querido

entender, que las libertades sociales de un país no dependen únicamente de la forma en que se alcanza el poder, sino de la forma en que este poder se ejercita. Ésta es una verdad muy antigua, tan antigua como la ciencia política.

La alteración institucional tiene graves secuelas, alguna de laboriosa corrección y de alcance grave. La corrupción es la más evidente y dañina porque quiebra la colaboración de la sociedad con sus representantes y mina las bases del contrato social. Cuando los mecanismos de control del gasto público se relajan deliberadamente, cuando las desviaciones presupuestarias son cada vez más voluminosas y los recursos en manos de las administraciones crecen desmesuradamente, o cuando se pretende retener los votos mediante el halago clientelar, entonces todo acaba por estar permitido.

En otro orden de cosas, todos hemos oído los lamentos jeremiacos de destacados personajes de nuestra escena política doliéndose de la excesiva actividad de la prensa, a la que se ha acusado de encarnizarse en una persecución inquisitorial de los responsables públicos, difundiendo informaciones obtenidas mediante procedimientos de dudosa legitimidad. Los que así se rasgan las vestiduras confunden el síntoma con la enfermedad. La fiebre es un aviso del organismo invadido por agentes patógenos y de nada sirve eliminarla si la infección subsiste. No son la libertad de expresión ni el derecho a la información materias adecuadas para la regulación legislativa, sin incurrir en riesgos graves.

Es el sentido del deber profesional, en el reforzamiento de códigos de conducta deontológica, libremente asumidos y adoptados, donde se encuentran los medios por los que deben conseguirse los objetivos deseables. Una prensa libre es tan necesaria como el aire que respiramos. La transparencia de la titularidad de las empresas de comunicación como "empresas de tendencia", y la salvaguarda del pluralismo, evitando que se produzcan posiciones dominantes, son también condiciones para la garantía de la más plena y efectiva libertad de expresión. El pastoreo por el poder de los medios de comunicación de titularidad pública, es una

agresión al pluralismo que, por lo tosca, ni siquiera requiere comentario.

Y la tercera y última idea es muy sencilla, de tal sencillez y obviedad que cuesta creer que los españoles hayamos sido obligados a vivir y trabajar de espaldas a ella. Puede ser enunciada así: el bienestar y el empleo son creados por las empresas, especialmente por las pequeñas y medianas, de modo que resulta imprescindible crear un marco fiscal, financiero, laboral y administrativo que les permita obtener beneficios, proliferar y prosperar.

Las políticas que hemos padecido desde 1982 han consistido en empujar al país de manera sistemática y contumaz en la dirección contraria: un gasto público clientelar, expansivo e inflacionario, que ha provocado un endeudamiento peligroso, unos tipos de interés elevados, unos impuestos excesivos, una selva regulatoria y un sector público invasivo, yugulando cualquier posibilidad de aprovechar las épocas de expansión para generar ahorro e inversión, o de resistir en los tiempos de inclemencia. Baste constatar que en toda la etapa socialista no se ha creado un solo puesto de trabajo neto en el ámbito privado y hemos vivido el período de recesión económica más importante de la España actual.

Nuestro lacerante índice de paro, nuestra bajísima tasa de actividad y la preocupante infrautilización de nuestra capacidad productiva no son males endémicos que un destino fatal nos imponga sin posible remisión. Son la consecuencia prevista —prevista por todo el mundo menos por nuestros gobernantes— de una política económica consistente en apretar a la vez al acelerador del gasto y el freno de la restricción monetaria, animada, además, en estos últimos tiempos de gobierno de atípica coalición, por el original aditamento de encender el intermitente de la derecha mientras se gira el volante a la izquierda.

En mi libro expongo las medidas a tomar, para invertir el sentido de esta espiral ciega. Debemos iniciar una prolongada etapa de austeridad presupuestaria, de revisión optimizadora de todos los capítulos del gasto, diseccionando la acción de gobierno, programa a programa, cargo a cargo, crédito a crédito, replanteando todos y cada uno de los

objetivos, eliminando obsesiones electoralistas para aplicar estrictos criterios de eficacia, prudencia y rentabilidad.

Ese y no otro es el núcleo de nuestras dificultades. Hay que atacarlo de frente, con decisión y valentía, sabiendo explicar a los ciudadanos las causas estructurales de nuestros problemas, y no aguardar pasivamente al tirón de la recuperación internacional o, por el contrario, soñar con un imposible regreso al proteccionismo.

En realidad, la única política económica aconsejable re-basa lo puramente económico para exigir una sociedad competitiva en todas sus vertientes, laboral, tecnológica, financiera, educativa, etc. Nuestros sindicatos han de cambiar de registro y asumir que lo relevante no es que los escasos empleos individuales sean ficticiamente estables gracias a la rigidez del mercado de trabajo. Hemos de salir de la estética reivindicativa para entrar de una vez por todas en la estrategia de ganarle, palmo a palmo, la batalla al desempleo.

La prosperidad económica nace de una firme voluntad colectiva que ve más allá de la ganancia inmediata. Por tanto, una sociedad en continuo crecimiento es el único seguro conocido para conservar el bienestar de sus generaciones presentes y futuras, que es el objetivo, en definitiva, por el que trabaja todo un país.

He pulsado ante vosotros los tres registros básicos de la melodía a cuyo son deseo que nuestro país rehuya el conformismo y reencuentre la confianza y el entusiasmo: la visión nacional de España, la transparencia de nuestras instituciones y una mentalidad competitiva en todos los órdenes, aspiran a convertirse en directrices de nuestra tarea cuando los ciudadanos nos encomienden la responsabilidad de gobernar.

Porque, en definitiva, gobernar es aplicar a innumerables problemas del devenir colectivo un número básico de ideas, que han de ser simples, claras y directas. Es interesante tener presente que los electores suelen apreciar que sean también acertadas.

A partir de ellas, he desarrollado en mi libro otras muchas para una acción de gobierno. Los que lean *España*,

la segunda transición conocerán mejor hacia dónde pretende ir y cómo proyecta hacerlo el autor de sus páginas.

Los que nos voten, conocerán más a fondo a quién votan; y los que no me voten, sabrán que abrigo la intención, sin doblez, de trabajar también para ellos.

Me consta que el haberlo subtulado *La segunda transición* ha sido juzgado por algunos como alarmista o desmesurado. Sin embargo, he escogido esta locución de forma consciente y expresa. En la primera transición, España pasó ejemplarmente de la dictadura a la democracia.

Cuando incorporaba el buen nombre de "la transición" como escolta del título, lo hice porque de su lectura es fácil concluir que siento una fuerte identificación con el método político seguido a lo largo y ancho de la restauración democrática. Ya lo declaré cuando no estaba muy de moda citar el nombre de la UCD, pero cada uno es libre en sus preferencias. La difícil paradoja de este asunto es que alguno de los escandalizados ante tan sencilla evocación, desprovista de segundas intenciones, optaban entonces seriamente por "la ruptura", modelo político opuesto al estilo centrista que ganó en las urnas.

En conclusión, creo haber expuesto serios motivos para que nuestro país confíe más en sí mismo, como ya lo hizo insuperablemente durante la primera transición y, otra vez, en el otoño de 1982. Después, los asuntos del país se torcieron hasta extremos incompatibles con toda ilusión popular. Es difícil saber cuánta estima colectiva se ha perdido durante la profunda desmoralización social por la que hemos pasado en los dos últimos años. Pero sólo con una nueva devolución de la confianza y estima que guardamos los españoles hacia nosotros mismos, un dirigente político puede aspirar lealmente a dirigir nuestra nación.

Esa empresa de recuperar la confianza supone el propósito decidido de mirar hacia el futuro, y sólo hacia el futuro. Advierto en mis antagonistas políticos una fijación obsesiva por mirar hacia el pasado. También puede existir una nostalgia de 1982. A veces me presentan como el heredero de la más torva fisonomía de la España oscura. Me acojo como respuesta a dos citas señeras que empleo en mi

libro. Una, la contundente exhortación de Popper: “Los demócratas tenemos la obligación de mejorar la democracia”. Y, por fin, la sentencia del inagotable Quevedo: “Ha sido preciso decir lo que fuimos, para disculpar lo que somos, y encaminar lo que pretendemos ser”.

En ese camino ilusionado del pretender ser y hacer lo mejor para nuestro pueblo, se inscribe el esfuerzo intelectual de este libro.

Más que con ninguna otra valoración, me quedaría tranquilo si estas páginas transmitieran a sus posibles lectores la voluntad de rehacer una imagen positiva de mi país. Claro que, no puedo dejar de ambicionar también que estas propuestas escritas se conviertan en política viva, gracias a otros muchos españoles más.

Muchas gracias.

